

EL COLEGIO-HOSPICIO DE LOS NIÑOS TORIBIOS. FUNDACIÓN SEVILLANA DEL SIGLO XVIII

En la Sevilla del siglo XVIII existían problemas similares al resto de España, pero agravados por el traslado de la Casa de la Contratación a Cádiz, que conllevó la supresión del monopolio del comercio con las Indias en la ciudad. Este hecho produjo una gran crisis económica y un aumento alarmante de la pobreza. Numerosos niños vagaban por las calles sin protección, sin alimentar, la mayoría de las veces a medio vestir y empleando su tiempo en fechorías, sin asistir a la escuela, porque en estas fechas no era asunto del Gobierno, sino obra de beneficencia o negocio privado en manos de gremios de maestros. El Ayuntamiento tampoco invertía en temas de educación, viéndose desbordado con este hecho de la mendicidad infantil. Tan solo las clases acomodadas tenían acceso a la cultura, el resto de la población tan solo se preocupaba del hambre.

En esta situación es cuando se produjo la creación de los «Niños Toribios», una institución que debía su nombre a su fundador, Toribio de Velasco, un asturiano que llegó a Sevilla vendiendo libros piadosos, y había profesado en la Orden de San Francisco¹. Viendo la triste suerte de los niños abandonados que le rodeaban pensó en un medio

¹ COLLANTES DE TERAN Y CAAMAÑO, F.; *Los establecimientos de caridad de Sevilla que se consideran como particulares. Apuntes y memoria para su historia*, Sevilla, El Orden, 1886, p. 154.

para apartarlos de este tipo de vida. Concibió la idea de fundar un hospicio donde recoger y educar a la multitud de niños que permanecían por calles y plazas enteramente desamparados, y

la índole aviesa de esos muchachos que abandonados desde la infancia, se entregaban al pillaje sin freno de ninguna clase, que en lucha constante con las leyes causaban todo el daño posible, hasta que su infortunio los llevaba a poblar las cárceles².

Esta obra caritativa la inició en 1724 en su casa de la calle Peral en la collación del Omnium Sanctorum, donde comenzó enseñando doctrina cristiana y acogiendo a 18 niños, los más abandonados que encontró, «porque su idea fue coger a los que no tuviesen padre ni madre, ya de esta ciudad, ya de otras de donde vinieren y hay muchísimos»³ y su número creció rápidamente. Pronto, la habitación donde los reunía se quedó pequeña y el julio de 1725 se trasladó a una casa de vecindad en la Alameda de Hércules, la zona de Sevilla de mayor prostitución e indigencia. Recibía muchas burlas por su labor, pero también hubo bienhechores que confiaron en su empresa, entregando donativos.

Salía con una campanilla a las plazas y se dirigía en procesión, como era costumbre, con los niños que lo seguían hasta la casa, donde continuaba con los ejercicios de doctrina a los que añadía los primeros rudimentos de las letras.

Ignoramos el tiempo que duró este ensayo de escuela pública, pero se cree que cuando se aseguró de la docilidad de sus alumnos lo comunicó al Arzobispo Salcedo y entonces pensó que había lle-

² Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de Sevilla (en adelante SMPIS). «Noticia de la Fundación de la casa de los Niños Thoribios fundada en esta ciudad de Sevilla por Thoribio de Velasco en el año de 1725», Sevilla, 27-VIII-1754.

³ Archivo Municipal de Sevilla (en adelante AMS). Sección del Conde del Aguila, Papeles curiosos, Letra T. «Noticia de la creación y progresos del Hospicio de los niños desamparados que con el nombre de Thoribios fundó en Sevilla el hermano Thoribio de Velasco».

gado el momento de asilarlos y vestirlos con los 100 pesos procedentes de las limosnas, a los que unió su pobre hacienda. Por su parte, el Arzobispo se comprometió a tratar el asunto con el Asistente de la ciudad, a la sazón el Conde de Ripalda, para la instalación definitiva de la Casa. Ante la labor realizada por la fundación en toda Sevilla, el Asistente, por motivos de orden político⁴, solicitó que acogiera a algunos pequeños delincuentes cuyo destino sería la cárcel. Así solucionaba, en parte, un problema endémico de Sevilla, como eran los ociosos y los vagabundos. De este modo llegó a tener más de 200 muchachos, contando en todo momento con el apoyo moral y económico del mismo⁵ e incluso de los mismos jóvenes:

saliendo unos bien instruidos en el temor de Dios y muy adelantados en el oficio a que los aplicaba. De modo que habiendo (sic) dado alguna utilidad a la casa, podían para sí mantenerse y de estos hay muchos hoy, publicando su agradecimiento el bien que les hicieron (sic) y cuidando de sus familias, y otros dando buen exemplo en las Religiones⁶

A partir de este momento enfocó todos sus esfuerzos a estos muchachos, que habían llegado a la Casa en contra de su voluntad y su objetivo preferente era apartarlos del vicio, para lo que utilizaba una «disciplina» muy rigurosa, que consistía en veinticuatro azotes, administrados por los mismos niños. El grupo formado por el maestro y sus discípulos tomó el nombre de comunidad y cuando llegaba alguno nuevo se reunían todos en una sala, Toribio le preguntaba la doctrina y como lo habitual era que no la supiese, man-

⁴ Por estos años la Corte de Felipe V residía en el Alcázar sevillano y el Asistente intentaba con su gesto asegurarse la simpatía de la Corona. Cfr. AGUILAR PIÑAL, F.; *Temas sevillanos (primera serie)*, Sevilla, Universidad, 1992, p. 53.

⁵ Vid. MATUTE Y GAVIRIA, J.; *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, metrópoli de Andalucía*, tomo II, Sevilla, 1887. E. RASCO Y MATUTE Y GAVIRIA, J.; *Hijos de Sevilla señalados en santidad, armas, artes, o dignidad*, Sevilla, El Orden, 1886-1887.

⁶ SMPIS, «Noticia de la Fundación...», opus cit.

daba ponerse de pie a los que le conocían. Mientras el nuevo muchacho estaba de rodillas, los conocidos le acusaban hasta dejarlo confeso y convicto de sus delitos. Para dictar sentencia se consultaba a todos los niños y se resolvía habitualmente con crueldad, pero Toribio de Velasco concluía el acto, dándole únicamente la «disciplina», de la que ningún recién llegado se libraba. Desde ese momento el joven ocupaba el último lugar entre sus compañeros y era inscrito en un registro por orden alfabético.

Poco a poco Toribio fue estableciendo reglas para el gobierno interior del naciente seminario. La distribución del día comenzaba al amanecer, recitando una corta oración antes de servir el desayuno. Después se formaban en procesión para salir a la calle, llevando delante una cruz alta de madera y detrás iban los niños de menor a mayor edad, presididos por él, que usaba solamente la campanilla para indicar los sitios donde debían pararse. Llevaba en el brazo una canastilla donde recogía las limosnas en dinero, que pedía dando fuertes voces, diciendo «den limosna por Dios a estos pobrecitos niños»⁷. Detrás iban dos de los mayores, con unas espuelas en las que recogían los productos que les daban los sevillanos. Cada niño llevaba colgado un rosario al cuello, los brazos cruzados y la vista baja, cantando a coro el Santo Rosario, y así se dirigían a la Iglesia designada para oír misa, lo que hacían de rodillas y con muestras de gran devoción. Al regreso cantaban la doctrina cristiana, de lo que tomaron también el nombre de Niños de la Doctrina, aunque eran más conocidos como Toribios.

En el ánimo de Toribio no estaba la idea de educar a sus alumnos para el estado eclesiástico, aunque sus enseñanzas fuesen esencialmente religiosas. Sabía que aquellos jóvenes, de condición muy humilde, debían dedicarse a diversos oficios, para lo cual inició diversas ocupaciones en la Casa. Cuando volvían de misa, los pequeños iban a clase de primeras letras, los medianos se dedicaban a la

⁷ BACA, FR. G.; *Los Toribios de Sevilla*, Madrid, 1766, s/e.

escritura y los mayores al servicio doméstico, procurando que no hubiese ninguno ocioso. Tuvo suerte en encontrar maestros gratuitamente, ya que los salarios hubieran minado sus escasos recursos. A medio día cesaban todas las ocupaciones para rezar juntos otra parte del rosario y almorzar.

Poco a poco la buena fama de la fundación de los Niños Toribios fue extendiéndose por toda Sevilla. Los vendedores de los mercados fueron los primeros que, viéndose librados de las correrías de los muchachos, colaboraban con sus productos. También, algunos padres, temiendo a los castigos que se daban en la Casa, recogieron a sus hijos de las calles, librando así a la ciudad de una verdadera plaga. No podemos decir que los mendigos y abandonados desaparecieran de las calles sevillanas, pero sí que su número disminuyera considerablemente y todas las clases sociales empezaron a contribuir con el Hospicio.

Toribio aspiraba a ensanchar la Casa de la Alameda, para evitar la aglomeración de los acogidos, acudió al Arzobispo y al Conde de Ripalda, ofreciéndole éste último la casa llamada de la Inquisición vieja y el Ayuntamiento le concedió un auxilio, procedente de las reses sacrificadas a diario del Matadero. Entonces contaba la fundación con 100 educandos, vestidos decentemente, de modo similar a los que estaban en el seminario de San Telmo⁸, y eso que habían transcurrido solo dos años desde su instalación. A principios de 1727 la Casa se convirtió oficialmente en Hospicio, con un reglamento propio que redactó el fundador. La primera tarea que se emprendió fue destinar la sala principal de la nueva casa a oratorio, donde se practicarían los ejercicios espirituales, suprimiendo las salidas para oír misa. Después señaló el sitio para la escuela de instrucción primaria; señaló otro para la clase de gramática destinada a los jóvenes que quisieran seguir el estado eclesiástico; talleres de oficios que

⁸ Usaban chamarratilla corta y calzón de lienzo crudo, con un justacón de paño, que los cubría y abrigaba.

resultaban útiles al Hospicio, además de refectorio, lavadero y oficinas. En estos momentos comprendió Toribio que solo no podía acometer las tareas de maestro y buscaba a otra persona cuando se ofreció desinteresadamente uno muy hábil que había sido examinador público, al que se sumó otro en poco tiempo, ayudándole en sus tareas docentes. Los niños que habían asistido a la escuela de la Alameda fueron los primeros en recibir enseñanzas de estos maestros, porque estaban habituados a la disciplina y podían aprovechar mejor las lecciones. Cuando llegaba uno nuevo el mismo Toribio se aseguraba de que hiciese una confesión general y estuviese perfectamente instruido en la doctrina cristiana. A los maestros se sumaron dos modestos eclesiásticos y buenos maestros de oficios «porque la síntesis suprema era que todos aprendiesen un arte para después pasar la vida honestamente»⁹.

El taller de zapatería se abrió bajo la dirección de un maestro experimentado y pronto los rudos muchachos se convirtieron en buenos oficiales. Y una de las principales normas impuestas por Toribio de Velasco es que ningún joven podía salir del Hospicio hasta que no hubiese aprendido completamente un oficio, estuviesen instruidos totalmente y una edad adecuada. Se crearon otros talleres artesanos como los de sastres y polaineros, cardadores y tejedores de paño basto, que ofrecieron pronto grandes economías a la comunidad, porque todos estaban calzados y vestidos. Cada niño se aplicaba al oficio por el cual sentía inclinación, pero después de haber sido educado en la escuela.

Desde esta época comenzaron el Hospicio y su fundador a adquirir también fama fuera de Sevilla, por lo que Toribio se dirigió a otras poblaciones para recoger niños desamparados y se auxiliaba por algunos jóvenes de completa confianza. Logró capturar a muchos jóvenes, poniendo a los detenidos bajo la custodia de los niños de la Casa y no necesitó nunca servirse de las cárceles, porque usaba una férrea disci-

⁹ ASM, Sección Conde del Aguila. «Noticia...», opus cit.

plina y la palmeta para los castigos. Sus capturas tenían mucho de arbitrariedad pero demostraban la decadencia de la administración de justicia, aunque su fin era convertir a jóvenes andrajosos y criminales en hombres de bien, supliendo las deficiencias de las leyes.

Toribio de Velasco enfermó gravemente en agosto de 1730 y en su testamento señalaba a la persona que creía más idónea para concluir la fundación del Hospicio que ya estaba tan adelantada y era el hermano Antonio Manuel Rodríguez, que le había ayudado bastante en su trabajo. Su entierro se verificó con gran solemnidad, asistiendo los 150 niños del seminario con velas y gran parte del clero de Sevilla. Las prácticas establecidas por el fundador se observaron con toda rigurosidad por el nuevo director y su pensamiento perduró muchos años. Entre ellos estaba poner el establecimiento en condiciones de que se sostuviese con el menor gravamen posible para las personas piadosas, «comprendiendo que la caridad se entibia y las exacciones continuadas concluyen en no dar resultados»¹⁰. Para ello procuró acrecentar las fábricas y manufacturas, añadiendo nuevos telares, por lo que necesitó de oficiales diestros para cardar, trillar y tejer, que enseñasen a un alto número de jóvenes. El hermano Rodríguez dio un gran impulso al seminario con estas inversiones y a la muerte del Conde de Ripalda, el Prelado se vio obligado a dar un lugar definitivo al Hospicio, para lo que compró una casa bastante espaciosa en la Calzada de la Cruz del Campo, donde se trasladaron en 1733. En esta época el jefe de la Casa aumentó otro telar de bayetas, talleres, herrería, cerrajería, cuchillería y latonería; salas para dibujar, pintar y burilar, dotándolas de maestros que enseñaran estas artes, consiguiendo que algunos jóvenes se dedicaran al estudio de la cirugía.

Los buenos resultados que ofrecía el Hospicio respecto a la educación de los jóvenes aumentaba su crédito, de modo que algu-

¹⁰ COLLANTES DE TERAN Y CAAMAÑO, F.; *Los establecimientos de caridad...*, opus cit., 1886, p. 177.

nos padres de familia decidieron a llevar allí a sus hijos de peor comportamiento, con lo que fue convirtiéndose en correccional. Para no gravar a la casa con mayores gastos, se fijó una corta retribución, que pagaban las familias, tomando el nombre de «ejercitantes». Éstos permanecían reclusos hasta que daban señales de arrepentimiento o hasta que sus padres consideraban que el castigo estaba cumplido. Por su parte los Ministros de la Real Audiencia, para castigar a algunos muchachos delincuentes que no tenían edad de ingresar en la cárcel, los mandaban a los Toribios, unas veces por tiempo fijo y otras por el que juzgase el hermano jefe. A estos jóvenes también se les consideraba como «ejercitantes» y se empleaba con ellos una disciplina severa, proporcional a su delito.

A su muerte, el Arzobispo Salcedo, dejó como heredera de todos sus bienes a la Casa de Niños Toribios y encargó a sus albaceas la continuación de las obras en la Casa-Hospicio para que pudiera albergar a 400 muchachos.

Disfrutaba el Hospicio de un estado próspero, cuando se levantaron murmuraciones contra el hermano Antonio Manuel Rodríguez y para evitar problemas mayores dimitió de su cargo, retirándose a Ecija después de 19 años de trabajo, desde 1733 hasta 1749, dejándolo bien surtido de ropas, con abundante provisión de víveres, herramientas para todos los talleres y un oratorio con tres altares. Sin embargo, en los tres años siguientes la Casa cayó en una gran decadencia, de la que no saldría jamás. La fundación que había estado gobernada por un hombre solo necesitó además de un nuevo administrador, una Hermandad que se formó inmediatamente. A pesar de que entre sus miembros destacaban hombres ilustres, nobles y personajes de la política o la iglesia, continuó su estado de declive. Quizá contribuyó también a ello el inicio de un proyecto de creación, auspiciado por Carlos III, de un Hospicio municipal. En esta época la Casa consiguió cierto avance, pero tan solo alcanzó el número de 90 muchachos, a causa de la escasa limosna que se recogía y por orden de Olavide tuvieron que incorporarse al recién inaugurado Hospicio de San Fernando.

En 1788 se efectuó, por parte de las autoridades municipales, la compra de una casa a los herederos de D. Pedro de Pumarejo y se creyó conveniente la instalación de los Niños Toribios en dicho lu-

gar, agregando a estos los primitivos niños de la doctrina¹¹, dándole a la Casa el nombre de Real Colegio de los Niños Toribios, pero no hubo nuevos progresos. Después de la guerra de la independencia aún sobrevivía obteniendo algunos ingresos de un «reñidero de gallos» que habían instalado en la casa con el oportuno permiso de la autoridad¹². Así continuó la situación hasta 1823 que se extinguió por medio de un oficio del último administrador D. José María Rodríguez, después de haber ofrecido educación, cobijo, un oficio y corrección a bastantes pequeños delincuentes que, sin haberse encontrado con Toribio de Velasco, hubiesen acabado sus días en la horca o en la mayoría de ocasiones en la cárcel.

ANA MARÍA MONTERO PEDRERA

Universidad de Sevilla

¹¹ En el siglo xv existía en Sevilla un Hospital denominado de los «Niños de la Doctrina», donde se cuidaban a muchos niños huérfanos. El Cabildo municipal, para darles alojamiento creó una casa donde los vestía y alimentaba. En 1605 éste dictó unas ordenanzas relativas a la organización de estos niños, sus derechos y deberes. Entre ellas estaban asistir a los entierros o ayudar a los párrocos de las Iglesias de Sevilla. Gozaron de numerosas donaciones en los siglos xvi y xvii, pero en 1724, justo cuando se inician las actividades de los Niños Toribios, comenzó su declive, quedando entre sus funciones la de acompañar a los reos al patíbulo. El Municipio ante su decadencia optó por unirlos a los Toribios, a los que se les denominó también Niños de la Doctrina, por otro motivo distinto.

¹² Archivo Histórico Nacional. Consejos 3.306, núm. 11.